

EL TREN



Vladimiro Rivas Iturralde

Extraña conjunción de un viaje en tren con un filme checo y un niño prisionero del vagón restaurante. Budapest-Bratislava: sólo examinando un mapa de la región podré recordar que Komárom es el pueblo húngaro fronterizo con su gemelo eslovaco Komarno. El paso del uno al otro al caer la noche supuso un cambio de estilo, acaso más imaginario que real, en el sistema de ferrocarriles de ambos países. Entrar a la húmeda y neblinosa Eslovaquia despertó en mí el feliz recuerdo de un filme checo, con sus grises estaciones, tercos guardagujas, señales de linterna en la densa niebla y acompasados pitazos del tren. Apoyado en la ventanilla abierta a la noche de otoño, recibía ese aire frío y escuchaba con emoción el traqueteo de las bielas, el rechinar de fierros en las curvas, y aguardaba en la inminente estación próxima al testarudo guardagujas que nos recibiría con su ya cinematográfica linterna. Nunca, en ningún tren europeo, tanta lealtad a la memoria, a un filme. Podría adivinar, en esa oscuridad, los Malé Karpaty a la derecha, los campos cultivados a orillas del Danubio.

Muy tarde ya, fui a buscar algo de comer. Tambaleándome en los sucesivos vagones, di por fin con el restaurante, acaso en la cola del tren. No había sino dos comensales checos bebiendo cerveza. Era tarde ya, porque sólo pudo ofrecerme la gorda camarera una salchicha, un pan y una cerveza. Vi a un niño sentado a la mesa del fondo, adonde la mujer se había retirado luego de atenderme. Se pudo a tejer mientras el pequeño, que no tendría seis años, armaba con visible aburrimiento un humilde rompecabezas cien veces armado ya y desarmado. Harto de aquel juego, se dirigió a una mesa vecina, tomó tres vasos idénticos y se dio a la tarea imposible de colocar uno dentro del otro como esas cajas chinescas. Algo le decía ocasionalmente la madre en impenetrable checo. Volvía el niño a su rompecabezas. Ponía las piezas

al revés, se sentaba en la silla opuesta, contemplaba sin asombro el resultado por enésima vez y regresaba a los vasos idénticos. Afuera, la noche se rasgó de pronto al paso vertiginoso de un tren que venía por la vía contraria. Me quedé mirando aquello con asombro y constaté al mismo tiempo que el niño parecía no haberlo advertido. Le era indiferente. La madre tejía, y el hijo mataba el tiempo, inclinada la cabeza sobre su mano. Era la dueña del restaurante y su hijo vivía con ella en el tren, al menos mientras él fuese menor para la escuela.

Porque una vez mayor, mochila al hombro, se dirigía el niño a la escuela entre los campos de coles y remolachas y las industrias vinícolas de la región. Su casa estaba apenas a unos doscientos metros de la vieja escuela de paredes grises que sobrevivieron a la guerra. Era su primer día de clases y la mañana, luminosa y cálida, pese a que ya corría septiembre. Los viejos rieles atravesaban el camino entre su casa y la escuela. Anduvo en equilibrio unos cuantos metros sobre una de las líneas. Abría los brazos como alas de mariposa para no caerse de esa línea bordeaba de hierba rala, pero hierba al fin, que había crecido entre los rieles. El paso del tren se había clausurado en este villorrio donde las legumbres cosechadas, la cebada y la uva se transportaban en camiones hacia la estación de aquella fábrica distante pero visible, adonde también debían trasladarse las gentes para tomar el tren o recibir a otras. Anduvo perezosamente otros pasos de regreso por la línea paralela y de repente se fue corriendo hacia la escuela.

En el aula fue descubriendo el carnaval de las letras y de los números. Sentado en uno de los últimos pupitres, interrumpió bruscamente su escritura porque advirtió que todos sus compañeros la habían interrumpido. Pasmados de repente, las cabezas levantadas, pestañeando apenas, se consultaban con las miradas, escuchando. Se avecinaba un ruido familiar. Familiar, sí, pero los había paralizado. Se oyó el lejano pitazo del tren, que se aproximaba a toda velocidad. Vio que los demás miraban a la maestra con una insistencia tal que la forzaron a asentir con un movimiento de cabeza. Se levantaron de sus asientos y dejando sus útiles tal como estaban salieron corriendo hacia el camino que conducía a su casa. Él se quedó sentado, sin comprender, hasta que la curiosidad y una orden de la maestra lo hicieron salir: "Ve con ellos", le dijo. Todos corrían por donde él había caminado dos horas antes hacia la escuela. Ni una palabra entre ellos: sólo corrían para llegar a tiempo. Volaban por el aire los urgentes pitazos del tren, el traqueteo de las bielas, el rechinar de fierros que se aproximaban. Corrió como sus compañeros para seguirlos, para entenderlos, para saber qué, por qué esa incomprendible alegría. Los niños se detuvieron junto a los rieles. Vieron

pasar aquel prodigio, a toda velocidad, pitando y traqueteando frente a sus ojos maravillados, y entonces el niño comprendió que ignoraba lo que es el paso del tren porque había vivido en sus entrañas, porque cien veces lo había visto cruzarse a toda velocidad con aquel que lo encerraba, otras cien lo habían visto llegar a las estaciones y partir de nuevo, y que la vida le había privado de ese asombro, el misterio y la magia del paso del tren, esa otra vida.

A las nueve de la mañana, en un pueblo vinícola cerca de Brno, una algazara de niños salió a recibir al tren en que yo viajaba.